

EL LLANTO DE HOUELLEBECQ

El pasado miércoles leía “Las partículas elementales”, de Michel Houellebecq, una novela que es un fenómeno editorial en Francia: Una brillante narración que, aunque presentaba sugerentes enfoques de la agonía final de este siglo XX, a mí me provocaba frío: La misma sensación que le provoca a uno de sus personajes la lectura de El Proceso de Kafka. Y es que ambas novelas se desarrollan entre vivos que parecen muertos, al contrario del Pedro Páramo de Juan Rulfo, en la que hay muchos muertos que parecen vivos.

Estuve horas paseando por allí, con cuidado de no tropezar entre las ruinas de los sueños de Occidente. Me provocó tristeza ver, desmoronada, la mítica liberación sexual, que había degenerado en una angustiada obsesión por seducir, en un estrés consumista, en un tedio masturbatorio; y la inquietud espiritual convertida en un alejandrino mercadillo de “imbéciles” subyugados con cualquier estupidez esotérica. Pero, sobretodo, me llamó la atención la visión de la muerte: El abuelo de Bruno fallece y su creador, Houellebecq, describe los repugnantes parásitos que devoran su cadáver. Demasiado horroroso, demasiado simple, casi pueril, pensé.

Me acordé entonces de Dios. Y como no lo pude encontrar en mi mente, lo cogí prestado del universo interior de un buen amigo mío que es muy creyente. Era sólo un momento. Enseguida se lo devolvería para que siguiera disfrutando de su lujo metafísico. Dios tenía derecho a defenderse ante el ataque feroz de Houellebecq.

El Todopoderoso entró en la novela conmigo y se puso a buscar entre las frases, levantándolas con un bastón de luz como si fueran piedras del campo con alacranes escondidos. Por fin se detuvo en el capítulo cinco, donde Michel es un niño de diez años que lee libros apoyado en un cerezo, sintiendo “la masa elástica de la hierba”, y pasea en bicicleta “llenándose los pulmones con el sabor de la eternidad.” De pronto Dios agarró al escritor por el cuello y lo metió entre esos párrafos. Houellebecq no pudo contener las lágrimas por la emoción. Finalmente el Todopoderoso se despidió arengando: “Ser pesimista, desencantado, brutal, es un simplismo. El mundo es mucho más complicado, amigo. Es inadjetivable. Fascinante. Hasta yo puedo existir si se tiene fe en mí, y de hecho he conseguido meterte en tu propia fantasía para que seas feliz en tu infancia soñada.” Houellebecq no protestó: no quería volver al horror neoesencialista de sus futuras novelas.